

Ciudades en Europa: construyendo lugares comunes en una misma ciudad

ALONSO SANTA CRUZ ÁLVAREZ, Antropólogo Social/ Doctorando en Historia

Urbes, Metrópolis, Asfalto, Desarrollo, Stress, Smog, Cultura, Servicios,... Cuando hablamos de ciudades, nos referimos a un conjunto de conceptos que nos remiten, en primer lugar, a una idea clara, concisa: la convivencia en un mismo espacio, la vida compartida por distintos individuos que convergen en un único espacio social: la ciudad.

La ciudad como laboratorio de relaciones humanas, no deja de tener una dinámica muy particular en ciertos contextos, como el europeo, donde coexisten múltiples y numerosas experiencias y maneras de ser humano. Tenemos de esta manera, que uno de los principales temas para determinar si un conjunto urbano es o no ciudad, es el número de habitantes que cohabitan en la misma. Para la Conferencia Europea de Estadística de Praga, una ciudad es la aglomeración de más de 5.000 habitantes siempre que la población dedicada a la agricultura no exceda del 25% sobre el total, y con una clara supremacía de las actividades no agrícolas, sino más bien industriales o de servicios.

Sin embargo, lejos de los datos estadísticos y las cifras productivas, una ciudad implica una manera distinta de experimentar las interrelaciones culturales, sociales y humanas que la conforman. Para Simmel, las ciudades son una especie de laboratorio en el cual cada tipo de relación humana tiene una correlación en un hecho o actividad cultural: de esta manera, tendremos que aquello comúnmente llamado “riqueza cultural” no se refiere únicamente a la parte de difusión de actividades artístico-culturales, sino que también da cuenta de todos los procesos y hechos culturales como fruto de un tipo específico de relación social, incluso de aquellas relaciones que entendemos comúnmente como de “cara a cara”. Por otro lado, si recogemos el concepto de Augé en el que se refiere a los no lugares y al proceso de “construcción individual” de los mismos, en los cuales el no-lugar no es únicamente un espacio empíricamente identificable (un bar, una plaza pública, o cualquier otro espacio urbano), sino también es el espacio creado por la mirada que quien lo “emplea”, de quien lo convierte en

objeto, podemos decir que el no lugar de unos (una plaza llena de bares para un joven de 25 años) es el “lugar” de otros. (El vecino que vive al lado de dicha plaza).

Es retomando específicamente estos conceptos mediante lo cual podemos ver que el tema de la interculturalidad es un tema recurrente al hablar de las ciudades. Europa, lugar de múltiples y variadas culturas que han aportado con su consecutiva presencia la actual (y aun inconclusa en tanto cambio constante) identidad cultural. Y si continuamos empleando parte del marco conceptual que plantea Augé, en el que expresa que *no hay identidad sin la presencia de los otros*, o mejor dicho, no hay identidad sin alteridad, constatamos de manera más evidente el concepto de la interculturalidad y el espacio urbano (las ciudades) como pieza clave en el entendimiento de nuestras identidades. Bajo esta premisa, nosotros deberíamos fundar las identidades no en una suerte de amalgama o mezcla, ni tampoco de una continua contraposición: si consideramos el postulado de Augé como válido, deberíamos considerar que tenemos múltiples formas de “vivir” la ciudad, y por ende, tenemos distintas maneras de interrelacionarnos, de conformarnos como grupos, de disponer de nuestras acciones. Todo ello es reflejo, fruto, de las relaciones humanas que se dan en un único espacio: la ciudad. Y entre ellas, la ciudad europea, antigua y moderna, cristiana, budista, católica y musulmana, negra, blanca, asiática o amerindia, etc. Sin embargo, la realidad empírica nos hace constatar que, en la práctica, sucede todo lo contrario. Vemos como en las ciudades es donde más se evidencia las diferencias y las distancias entre los sectores marginados y los grupos de poder. Esto, independientemente a que la conglomeración de diversos grupos visualiza más este hecho, se debe a que una ciudad alberga mayor capital simbólico que cualquier otro sitio, al reunir distintos y numerosos grupos “productores” de un universo simbólico, confrontado en estos “espacios de vida cotidiana”. Pero no entendamos entonces que un discurso, una “manera de ver las cosas”, o en términos de Augé, un “marco simbólico”, es el que tiene que imperar en nuestras ciudades europeas. Todo lo contrario, en un marco de progreso y desarrollo, común a casi todos los contextos europeos, a pesar de los periodos de crisis coyunturales que puedan afrontar, debe fomentar y fortalecer el avisoramiento de una etapa en la cual precisamente recurriremos a este referente de diversidad como paradigma de riqueza y fortaleza, tanto económica, como cultural, y por ende, social.